

IRIS



NUM. 144

BARCELONA, 8 FEBRERO 1902

25 CÉNTS.

Ayuntamiento de Madrid



Vino luego en ayuda la selada sardina,
ferió muyosamente á la gruesa gallina,
atravesádosle en el pico, afofóla aina,
después á Don Carnal falso! (1) la capellina.

(Areipreste de Hita. — De la pelea que
hobo Don Carnal con la Quaresma.)

CUANDO nuestros lectores reciban este número ya nos encontraremos en cuaresma; derro-
tado al fin *Don Carnal* ó Carnaval, lo dejaremos yacer por espacio de un año más, allá
en las profundidades del olvido... Después, al cabo de trescientos sesenta y cinco días
y otras tantas noches, lo veremos resucitar tan lozano, tan alegre y tan... estúpido
como de costumbre... ¡Siempre lo mismo!... ¡Tanta monotonía desespera!... *Nihil novum*
sub sole... (Y perdonen este *rasgo* de erudición barata).

Campoamor lo dijo maravillosamente en uno de sus cantares:

«Te pintaré en un cantar
la rueda de la existencia;
pecar, hacer penitencia,
y luego vuelta á empezar.»

Y no hay más *tu tía*. Es necesario que pequemos en Carnaval y que hagamos peni-
tencia en Cuaresma... para ser buenos católicos.

Los pueblos, vejados, oprimidos por todo género de tiranías, han vivido siempre
sufriendo y pasando las de Caín, é instintivamente han buscado algo que atenuase ese
constante malestar, y ciegos, impetuosos, han querido olvidar sus amarguras reales,
con pasatiempos ilusorios y breves, en los que la locura ha dominado con su brillante
cohorte de excesos y sensuales satisfacciones.

El misticismo ha hecho *suyas* tales costumbres, con objeto sin duda de organizarlas
y ponerlas un límite para atenuar sus perniciosos efectos, y las saturnales romanas, se
han convertido en el Carnaval cristiano, al que como contrapeso, han hecho seguir
por la Cuaresma, símbolo de arrepentimiento y penitencia, en desagravio de las almas
puras á quienes el pecado no ha podido seducir... Y la carátula, vencida por el cilicio,
huye avergonzada, corrida y maltrecha, á esconderse en el rincón más oscuro del
baul... esperando el próximo Carnaval.

¿No es esa la significación mística de ambos períodos? Bueno; pues como yo no
soy teólogo, ni cosa que lo valga, así lo entiendo, así lo digo, y si me equivoco, no
creo que sea pecado tan grave como para que ustedes me nieguen la absolución.

La gente joven, desde un par de meses antes, ya está pensando en el Carnaval, en
los disfraces, en los bailes de máscara, con ó sin concurso.

Los dependientes del comercio, —y conste que no les llamo *horteras*, —y las alegres oficiales en con-

fección de vestidos para señoras,—así, por si el calificativo de *modistas* las ofendiera,—no se dan punto de reposo organizando bromas, cosiendo trapos y escogiendo *toilettes*.

—Yo me vestiré de bruja,—dice una.



—Yo de ninfa,—exclama otra muchacha rubia, sentimental y algo romántica.

—¡Yo de tuna!...

Y así por el estilo.

Lo que más abunda es el *bebé*, que por su económica *vistosidad* ha reemplazado al clásico dominó.

No faltan *graciosos* que inventen disfraces para revolver los estómagos de los transeuntes.

Esos, que debieran celebrar el Carnaval juntos en una cuadra, suelen acabar la fiesta en la delegación de un distrito, ó en la casa de socorro.

¡Válgame Dios y cuantos *golpes* han dado al Carnaval los escritores más ó menos *cursis* que en el mundo han sido!...

En el teatro no falta cada año la inevitable *pieccecita de circuns tancias*.

¡Y pocas veces que hemos visto en escena al marido calavera y la mujer celosa que,—engañándose mutuamente,—van al baile y allí corren juntos el *bromazo* y cenan y se descubren y...!

¿Y qué me cuentan ustedes del individuo que se pasa la noche bailando, conquistando, *manteniendo* y haciendo rogativas á una máscara vestida de *lechuza* ó cosa así, que á última hora resulta ser su suegra?...

¿Y del estudiante á quien la patrona le da un susto?

¡Pero cuidado que son ingeniosos nuestros autores cómicos! ¿eh?

Pues ¿y los *chisteros* anónimos que se dedican al *bromeo* desde el domingo gordo al miércoles de ceniza?

—¿No me conoces? ¡Eres un animal! ¡Ayer vi á tu mujer con

un pollo, muy amartelada! ¡Pobre marido y que manso eres!

Y grosería va, grosería viene, son capaces de abroncar al hombre más pacífico y bonachón *de suyo*.

También salen á *lucir* sus ramajes y voces *avinatadas*, las comparsas de *bandidos*, ó cuadrillas de *cantaos* al aire libre, con los consabidos tangos:

«Nosotros semos
unos ladrones
mú cabayeros
que ahora aspiramos
á ser menistros
en el gobierno,
ó concejales ó diputados
ó consumidores.»



Y con unas cuantas atrocidades por ese estilo, emboban á la multitud, sacan las *peras* al prójimo, se emborrachan y... ¡tan frescos!

Porque en este país, no hay cosa más socorrida que hablar mal del gobierno, sea el que sea, y poner á los políticos de oficio como chupa de dómine.

Pero es lo que ellos dirán: —Déjame comer y llámame tragón, ó lo que te de la gana, pueblo.
jimbécile!

Y el pueblo desahoga en coplas su mal humor dejando á los políticos que lo devoren á placer.

La batalla de flores,—*magüer* que bastante desfigurada,—constituye el *clou* de los festejos carnavalesinos en la Villa y Corte.

Da gusto leer las descripciones de *á perro chico* que hace la prensa de *esos festivales...* y perdonen ustedes la trasposición, que no es cosa de que me den un disgusto los señores del margen.



«La batalla de flores estuvo muy animada. Las huestes, bien apercebidas para el combate, lucharon con denuedo, rayano en heroísmo, y demostraron su ardor bélico en repetidos y formidables encuentros. El Marqués de Tresestellas, el Duque de Pinabete, el Barón de Valleturbio y otros *sportmen* igualmente distinguidos en la alta sociedad, libraron terribles batallas, sin que, ni por un momento, decayera su entusiasmo, ni sus fuerzas se agotaran. ¡Estuvieron hechos unos Napoleones!»

¡Que buen servicio pudieran haber prestado esos ardores, esos entusiasmos guerreros y esas fuerzas inquebrantables, en ocasiones tristes para la patria. ¡En Santiago de Cuba, por ejemplo!

Pero ¿quién se acuerda de cosas tristes cuando llega el Carnaval?

Después de todo: ¿no vivimos condenados á perpetuo disfraz?

¿No circula, desde hace mucho tiempo, como axioma vulgar la frase: todo el año es Carnaval?

¡Pues divirtámoslos!

Así, como así, los desengaños, las penalidades, las amarguras, los desalientos de que la vida está sembrada, se encargarán de ponernos la ceniza en la frente.

—*Polvo eres y al polvo volverás*,—dice la Iglesia á la Humanidad.

Y la Humanidad, convencida, exclama, embriagándose en los bacanales desórdenes de su innata locura:

—*¡Polvo he sido, polvo soy y polvo seré!* ¡Por eso quiero vivir levantando á mi paso *polvaredas* de alegría! ¡Viva el placer!

¡Y con eso, los mortales nos hacemos la ilusión de que nos divertimos! ¡Qué tontos somos!

LUIS FALCATO

EPIGRAMAS

—¿Quién? ¿Macario? No sabía que al billar fuera tan ducho: ¿conque juega mucho? —¡Mucho...! cuando juega todo el día.

..

—Pequé, padre,—dijo Juana,—deme usted la absolución.
—Vuelve por ella mañana, que es difícil tu perdón.

—¿Qué yo espere? ¡Dios me asista!
Quiero hoy mismo comulgar.
—¿Hoy? ¿Por qué? —Quiero estar lista para volver á pecar.

..

Juan de casarse se alegra.
y es porque no ha comprendido que lo malo del marido es... la mujer y la suegra.

JULIAN MONTIEL



C. Shon: DURANTE EL BAILE DE MASCARAS



LAS DOS MÁSCARAS

Como de costumbre, aquella tarde se reunieron en el café Enrique y Eduardo.

Se acercaban los carnavales, esa fiesta tradicional en la que sobre la careta diaria colócanse otra, muchas personas, y nuestros protagonistas entre sorbo de café y bocanadas de humo principiaron a platicar del modo siguiente:

—Es necesario que no seamos unos novios estúpidos, —dijo Enrique.—Debes estar convencido que resulta «¡guay!» eso de ir continuamente al lado de la novia y llenarla de *confettis* ó purpurina, sin que te sea permitida la variación.

—¿Qué te propones, querido?

—Déjame arrastrar por la actualidad, y enviar á paseo en estos días á Margarita y á su pegajosa madre.

—Jamás te oí hablar de ese modo, amigo mío. Siempre has contado las bellezas del amor y la dicha que se experimenta cuando bellos ojos dirigen una embriagadora mirada al objeto amado.

—Estoy transformado, Eduardo. Ahora soy partidario acérrimo de la orgía, del bullicio, de todos aquellos cuadros que inspiraron á Byron sus apasionadas estrofas cuajaditas de besos, de mujeres alegres y de carcajadas ruidosas. ¿Te extrañas, verdad? Lo siento. Tú eres un colegial todavía en la carrera de la vida. Y te asustas. ¡Pobrecillo ciego!

—¿Y Margarita? ¿Es que no la quieres ya?

—Como siempre. Ella es rica y muy hermosa, condiciones ambas para adorarla.

—Estás completamente loco, Enrique. Si su familia llega á enterarse todos tus sueños caen de un golpe. Ve con cuidado.

—Estoy segurísimo que no se enterará; está tranquilo.

—Sin embargo, tu amor no es verdadero y cuando á ella se lo ponderas con frases trasnochadas, mientes.

—Cierto, muy cierto.

—Pues bien, amigo mío, eso es cruel; tu proceder indigno. ¡Jugar con la mujer que te ama...

—¡Bah! ¿Ya tenemos sentimentalismo? Siempre serás el eterno admirador del idilio, el amante del casto beso. ¡Ah, que tonto eres, Eduardo! ¿Ignoras que las mujeres son malas? ¿Ignoras que siempre sueñan con burlarse del hombre?

—¿Quién sabe! Sigo creyendo que ellas son las víctimas de nuestras pasiones.

—Bueno, pues. Puedes enjugar su llanto. Yo iré al baile; quiero respirar su atmósfera saturada de enervante perfume, quiero estrechar un talle y estar próximo á un seno turgente. ¡Ah, tú no sabes cuánto se goza con aquel barullo, con los despiadados chillidos de las máscaras, llevando del brazo un tipo gentil, rozando con ardorosos labios los enloquecedores rizos de una cabeza primorosa, oyendo salir suspiros muy hondos, viendo elevarse el abultado seno de garrida moza con carne palpitante, y ojos que chispean...

—Basta, Enrique, no quiero ver cuadros animados. Déjame en paz. Corre en pos de esa vida degradante y pronto caerás en la vejez. Yo seré más feliz oyendo un «te amo» de la boca de mi adorada

Berta; sosteniendo una conversación muy quedita, jurándonos cariño perdurable y haciendo proyectos. ¡Ya ves proyectos de novios! Una cosa que te parece estúpida y aburre.

—¡Oh, el colmo de la tontería!—exclamó Enrique en tono displicente.

Días después, mientras Eduardo era dichoso mirando apasionadamente á su Berta, Enrique perdiase en el torbellino del baile. Desde su entrada en el salón, había dirigido la vista á dos máscaras vestidas primorosamente de jardineras.

—Deben ser hermosísimas,—se dijo.—Y no bailan.

Y seguidamente dirigióse hacia ellas, invitando á un vals á la que le pareció más arrogante. Antes de aceptar, se inclinó al oído de su compañera y deslizó unas palabras que Enrique no entendió.

—Estoy á su disposición, caballero,—dijo la disfrazada, mientras que la otra se marchaba rápidamente.

—¡Una!—pensó Enrique al ver aquel manejo,—¿qué saldrá de aquí?—Y enlazando con su brazo la cintura de la desconocida la dijo:

—Mil gracias, hermosa. Sin disputa alguna bailo con una hermosura circasiana.

—¡Oh, siempre los hombres dicen lo mismo. Más es aventurado llamar hermosa á una cara tapada,—dijo con voz chillona, pero insegura.

—Pero el porte...

—Puede fingirse arrogancia.

—Su gran figura no desmiente.

—Galante es usted. Si le oyera su novia...

—¿Mi novia?

—¿No la tiene?

—A ratos: pero no es tan graciosa.

—Y usted le dirá que la ama.

—Es moda. Son cosas de repertorio.

—En ese caso á mí...

—No. Sería muy feliz si usted me quisiera un poquito. Siento envidia hacia el gazzápíro que se lleve este tesoro de belleza. Quiérame usted, máscara adorable.

—Conque, ¿soy bella?

—Incomparable. Si me enseñase la cara, estoy seguro que la impresión sería impercedera.

—Soy muy humana y temo dejarle ciego.

—¡Ah! Luego es realmente una Venus. Lo confiesa. Yo quisiera parecerle un Apolo y los dos juntos marcharnos ahora mismo de aquí á internarnos en un cuartito bien coquetón, donde yo pudiera admirar su celestial rostro.

—Basta,—dijo la máscara desenlazándose del galán.—Tome usted y sepa que es un vagamundo, un perfecto miserable.

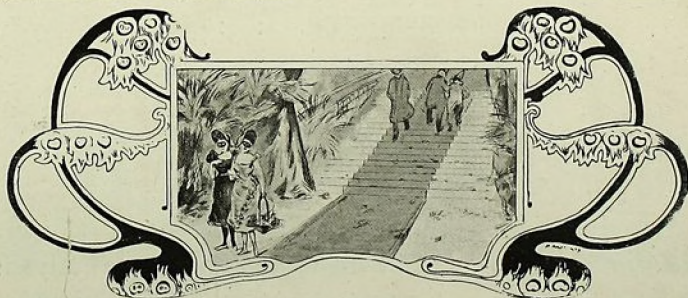
Y dejando un papel en las manos de Enrique, salió seguidamente.

Enrique quedóse anonadado ante aquel fin de conquista y desplegando el billete leyó «Dos días hace que no se acerca usted al lado de Margarita. Sé sus pasos y ahora sus propósitos. Hemos concluido.»

Lanzóse fuera del salón y al llegar al arroyo vió á las dos jardineras montando en un coche. Enrique preso de una fuerza impulsiva corrió tras del vehículo, y al ver que se paraba en el número 50 de la calle X, quedóse petrificado.

—¡Ay de mí!—exclamó—¡Era mi prometida! ¡Adiós fortuna soñada! ¡No se puede amar la vida de aquel poeta sin tener las riquezas de Byron!

ANDRÉS MOMPART





E. Bruning: ASESINATO DEL REY GUSTAVO III DE SUECIA, (16 de mayo de 1792)

Ayuntamiento de Madrid



Mees ha en que llena mi fantaseada mente con las ideas tenidas á los pocos años, me enamoré de una hermosísima mujer que comprendiendo sin duda mi cariño ferviente, se hacía desear de mi calenturienta imaginación haciéndome sufrir el tormento del desprecio, sufrimiento atroz para el que loco enamorado y cegado por su pasión sin límites era mártir de ella... de aquella mujer causante sin piedad de mis ardorosos devaneos. Llevaba poco tiempo de guarnición en Barcelona, y sin saber un día donde dirigir mis pasos, me introduje sin razón de ser en Novedades; pasé la noche relativamente bien, y al día siguiente sin saber como tampoco una fuerza superior á mí me conducía... Era la fuerza del deseo... ver á aquella mujer que en la noche anterior la había conocido cantando *La Zingarella*... Una vez allí quise disculpar con mis amigos mi presencia; no podía, iba por ella, por aquella mujer que aun no conocía bien. Después salía sin corazón; me lo había robado aquella mujer con apariencias de ángel, me había enamorado de aquel ser, que como sombra fantástica me perseguía por doquiera. Compasiva á mis ruegos, llegó un día á corresponder mis amores, y como amantes tórtolos pasábamos los meses en interminables veladas, hasta que, terminando su escritura, se marchó á su ideal país, á esa perla del Adriático, á Venecia, que llevándose á aquella mujer llevose á un tiempo á la italiana de mis sueños. Más tarde, una ausencia desesperada y atormentadora que consumiéndome abrasado espíritu me hacía entrever mis penas rodeadas con simientes de poesía con su grato recuerdo; todo mi pensamiento fiel trasunto de mi alma enamorada me hacía ver ilusiones donde solo se forjarían espinas que llegasen en fecha no remota á taladrar mi ulcerado corazón que jamás pudo precaver la engañosa realidad en que se encontraba. Noches pasadas, aburrido de mí mismo, quizá pensando demasiado en aquella mujer, origen

de mis sufrimientos, tomaba entrada en un baile de máscaras; tendí mi vista alrededor de aquella bacanal que en bullicioso tropel llegaba casi á enardecer mi sangre, y mi decepción fué horrible; allí estaba con diminuto antifaz... ella, la mujer creada por mi mente, la visión forjada en mis ensueños, gozándose en sus triunfos, burlándose con su olvido presente de aquel hombre que su existencia la habría considerado poco á existir un hombre que tan siquiera la hubiese podido ultrajar con el pensamiento.

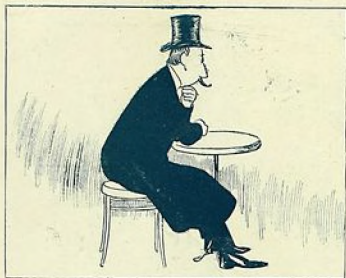
Loco me arrojé entre la multitud, quería vengar mi afrenta, quería saciarme de su inconstancia, de su ingratitud, abofetearla, quizá, llegar hasta el crimen, por aquella mujer que denigraba mis amores, borrando de mi mente la visión idealizada, el sueño eterno de mi enamorada fantasía, más no me dió lugar; que al arrancarle el antifaz y descubrir su radiante faz, no era el de ella, no era la efígie de mi rendida amante, de mi italiana ausente, que solo al imaginario, al suponerla perjura, en la creencia de que existiese aquella desilusión, causaba la muerte de mis más caras esperanzas.

Más tarde, desperté; después de aquel fatal insomnio, me consideré dichoso, había sido un sueño pensando en su falsía, en la falsedad de aquella mujer, que con solo sospechar pudiera serlo, tronchaba todos mis ideales, arrancaba de mi existencia el único átomo de felicidad que en mi entristecido camino alumbraba los pasos que podrían conducirme á ese añado paraíso de amor, que con sus ilusiones bienandanzas me hacían recordar aquellas noches pasadas con ella que he de considerar siempre como las más gratas de todos los momentos de mi vida.

EDUARDO ESCARTIN



CARNAVAL, por S. Xaudaró



—Aquella máscara debe ser preciosa..



—¡Paít! ¡Paít! ¡Mascarita!



—Permíteme ver sólo por un momento...
—Retírate majadero!



—Imposible, te seguiría hasta el fin del mundo.
—¡Lábe III!



—Te lo suplico de rodillas, descubre un momento tu divino rostro.
—¿Habrás visto majadero?



—¡Hombre, déjeme usted en paz que yo yase porque me pongo una carota! ¡Mamarracho!
—¡D. Rupertoll!



NOCHE DE CARNAVAL

NOTAS DE LA VIDA BOHEMIA

Era mi obsesión constante, mi pesadilla continua, el complemento de mi existencia aquella mujer. Pero una valla infranqueable nos separaba, alejándonos como fuerzas repelentes.

Ella era rica; yo, un pobre bohemio que poseía como único caudal un número inmenso de ilusiones irrealizables, infactibles, que se cobijaban en mi ardiente imaginación inexperta de los veintidós años.

Mi único confidente era Pedro, periodista y compañero de bohemia, que compartía conmigo la guardilla que teníamos en un barrio extremo de Barcelona, y las largas horas de ensueños de gloria que, envueltos entre celajes de rosa, entreveíamos lejana para nosotros.

El primer día de carnaval, la había visto Pedro en el baile de máscaras del Liceo, al que asistió con el pase de su periódico.

Aquella noche iría yo, él me facilitaría su invitación y allí indudablemente acudiría aquella bella mujer cuyo cariño ambicionaba y que veía tan lejano como la gloria, y que como ella, envuelto entre nubes vaporosas, constituía la monomanía de mi alma.

Iba á verla muy cerca de mí; podría aproximarme á ella hasta rozar mis ropas viejas con sus valiosos trajes y podría dar satisfacción mínima á mi alma, deslizando en sus oídos palabras reveladoras del cariño.

Amar y soñar; hé ahí la síntesis de mi vida.

Entre las prendas de Pedro y las mías combinamos un terno que, á la media oscuridad de un atardecer de febrero, nos pareció bastante presentable para un baile.

Otras veces, en estos breves momentos de la caída de la tarde de invierno, cuando las sombras bajan rápidas tendiéndose sobre la tierra, el alma que tiene tristezas experimenta una congoja infinita, siente nostalgias de felicidad nunca cumplida y parece que llora, lenta, y muy lentamente, bañando con sus amargas lágrimas el dolorido corazón, que siente fatiga por la lucha constante de la vida.

Aquella tarde la habitación fría y destartada nos pareció alegre y confortable, y en sus extremos, envueltos por la oscuridad, y en donde otras veces creímos ver á la desgracia oculta acechándonos para arrastrarnos tras ella en el torbellino del vivir, vimos, con los ojos de la imaginación, esconderse coquetona á la voluble felicidad que nos contemplaba con traviesa sonrisa.

Poco después de comer salimos á la calle y el aire frío de la noche, nos hizo pensar que yo no llevaba ningún abrigo. Abrigo... uno que tuvimos, lo habíamos empeñado una noche que hacía veinticuatro horas que no comíamos. ¿Pero quién piensa en abrigar el cuerpo cuando se tiene el alma envuelta entre risueñas esperanzas?

Las Ramblas presentaban el animado aspecto de siempre, más acentuado, por el contingente de revoltosos mascaritas que caminaban juguetonas cubiertas con largas capas, por bajo de las que asomaban sus caprichosos disfraces.

Frente al Liceo, se detenían los carrusjes que despedían grupos de máscaras que tapaban sus rostros, y la espaciosa puerta del grandioso coliseo, como insaciable boca de monstruo, se tragaba animados grupos de aquella muchedumbre enloquecida.

Mi amigo Pedro me abrazó cariñosamente y entré.

Las alegres y revoltosas notas de un vals resonaban en el espacioso salón del teatro. Las bombillas de la electricidad, formando artísticos racimos de luces, iluminaban profusamente la sala y la atmósfera empezaba á caldearse, llena de perfumes que se elevaban emanados por centenares de mujeres bellas, que revoltosas se movían formando ondulaciones caprichosas como el inquieto Océano. Y como el mar despidió sus efusivos, también aquel mar de criaturas, que empezaba á embriagarse de placer, exhalaba efluvios de dicha, y de perfumes embriagadores.

Quedé un instante atolondrado, como inocente pajarillo á quien de la soledad de su jaula se le lanzara de pronto entre un torbellino inmenso de pájaros revoltosos y parleros.

Risas de mujer discretas y contenidas, carcajadas espontáneas francas y sonoras lanzadas por los hombres, voces atipladas llamando á otra máscara, sonrisas, palabras picarescas seguidas del efecto del chiste buscado y conseguido, un murmullo grande, inmenso, unísono como revuelta asamblea de abejas en su colmena; todo ello aturdió, mareaba.

Entre un grupo de cuatro máscaras la presenté. Cerca de donde yo estaba, su voz de niño vibró como una campanita de plata, la orquesta preludiaba otro bailable y sintiendo dentro de mí ser una energía superior, dominante de mi voluntad, corrí tras ella y la pedí aquel baile.

Rodeando su cintura con mi brazo y aprisionando su enguantada mano chiquita y mórbida me lancé enloquecido en el baile, sintiendo sobre mi rostro su anhelante respiración suave y tibia, las ondulaciones de su pecho que se levantaba á intervalos con rítmica precisión por la fatiga agradable del baile y sintiendo en mi antebrazo la presión de su mano izquierda. Confundidos entre otras parejas, danzábamos dando vueltas al compás de las alegres notas y deslizando en sus oídos frases reveladoras de aquel cariño que por ella sentía y que traidoramente se había guarecido en mi corazón formando allí su nido.

Perdí la noción de la verdadera realidad, soñé despierto arrullado por la música y por la poesía de mi imaginación.

Terminó el baile. Las alegres notas lanzadas por la orquesta cesaron de sonar vagando un momento por la sala con remembranzas de eco y comenzó el desfile desordenado.

Corrí hacia la puerta del teatro para verla otra vez y recibir su mirada de despedida.

No esperé mucho. Envuelta en una capa de pieles blancas y cogida del brazo de un anciano, salió del teatro sin reparar en mí.

La vi subir en un cupé tirado por dos soberbios caballos, tras ellos se cerró la portezuela y el coche partió al trote de sus nobles animales, rodando con sordo rumor sus ruedas con gomas por el pavimento de la Rambla.

Al alejarse sentí, en el alma el frío de su indiferencia, y en el cuerpo el helado viento que subía por la Rambla, salpicando mi rostro menudas gotas de lluvia que caía lentamente como pequeños copos de nieve.

La gente había salido, marchando deprisa subiendo el embozo de sus capas ó el cuello de sus gabanes, las Ramblas quedaban solas, silenciosas y tristes, y sintiendo por todo mi ser una fuerte sacudida de desesperación, desperté á la horrible realidad de la vida bohemia y levantando el cuello de mi pobre chaquet y escondiendo en los bolsillos del pantalón mis heladas manos, empecé á caminar despacio y con la cabeza inclinada al suelo, sintiendo en el alma el frío de su indiferencia y en el cuerpo el helado viento que subía por la Rambla, salpicando mi rostro las menudas gotas de la lluvia que caía lentamente como pequeños copos de nieve.

NANCISO DE HOYOS



PEPITORIA

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno sexto de regalo, del album JOYAS DEL ARTE.

BIBLIOTECA ROSA

Tal es el título de una nueva y elegantísima colección de tomos de 150 á 200 páginas, con preciosas cubiertas al cromo y cómodo tamaño, conteniendo las obras de los mejores novelistas de Europa, traducidas con immejorable esmero y siempre íntegras.

Van publicadas hasta ahora las siguientes obras:

La comedianta, por P. de Molénès.
Drama de amor, por F. Soulié.
Las ánimas del vurgatorio, por Próspero Merimee.

La justiciera de sí misma, por Carlos Barbarrá.

Pecados de la juventud, por V. Perceval.

Teresita, por Julio Ruiz Montero.
El Capitán Burle, por E. Zola.
Las sendas de Dios, por B. Biornson.

El monstruo, por Carlos Bodin.
Naida Micoulin, por E. Zola.

El sillón fatal, por Pedro Newski.
Un crimen infame, por E. Murger.
Noche trágica, por E. Daudet.
Un Drama sangriento (dos tomos), por Luis Jacolliot.

Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

LA PROPIEDAD

Desde mi más tierna edad, á fuer de persona honrada respeté la propiedad.
Mas hoy, que te he conocido, al verte desesperada viviendo con tu marido cual la oveja con el lobo, exclamo con voz airada: «¡la propiedad es un robo!»

NEMO

NIEBLA DE SANGRE

El interesante fenómeno meteorológico de la lluvia ó niebla de sangre, que tanto pavor infundía en el ánimo de los hombres de la antigüedad, los cuales interpretaban tal fenómeno por presagio cierto de espantosas calamidades, se ha observado estos días en el pueblo de Pinos del Valle y en toda aquella extensa región.

Durante más de setenta y dos horas, una espesísima niebla ha envuelto por completo dichos lugares.

Pasado ese tiempo, se despejó la atmósfera, y los campesinos y la gente sencilla observaron, que todas las plantas de pequeño y grande tamaño, lo mismo hojas que ramas, piedras y otros muchos objetos, se hallaban cubiertos de un polvillo rojizo y finísimo.

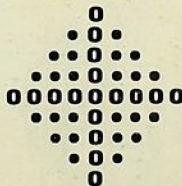
Su curiosidad fué satisfecha por las personas más ilustradas del pueblo, quienes explicaron el fenómeno relacionándolo con el ciclón que estos días ha soplado en lejanas tierras, cuya violencia arrastró el polen de las flores, y transportado éste por el viento á las capas superiores de nuestra atmósfera, se mezcló á la niebla y ésta lo depositó sobre las plantas y cuantos objetos ha tocado.

.*.*

—¿No sabría usted decirme un buen callicida?—Si; uno excelente magnífico: pida usted LADIVONSIM.

CELEBRIDADES DEL ARTE ITALIANO

LOSANGE ACRÓSTICO



Sustituir los ceros y puntos por letras que en direcciones horizontales y verticales expresen:

- 1.ª línea. Letra numeral.
- 2.ª Tratamiento de respeto.
- 3.ª Vidrio muy claro que se pone delante de ciertas cosas para guardarlas sin oculartías.
- 4.ª Día.
- 5.ª Celeberrimo pintor italiano, jefe de la escuela lombarda.
- 6.ª Navegar con rumbo determinado.
- 7.ª Lo que está prescrito por la ley ó es conforme á ella.
- 8.ª Tratamiento inglés.
- 9.ª Occidente.

NOVEJARQUE

EN UN ALBUM

Dos soles hay en tus ojos: no me acrimines, si huyendo de tus ardientes miradas busco refugio en tu pecho.

CHARADA, por A. G. Gonzales

Prima prima de pequeños nos enseñan á decir tres cuatro los de Madrid por costumbre repetidos.
Mi todo, sin duda alguna, aunque no es un escribano, suele cantar muy de plano, y es también de los de pluma.

Las soluciones en el próximo número

SOLUCION

a los pasatiempos del número anterior

Cuadrado.—

I R I S
R O M A
I M A N
S A N O

Jeroglífico.—Sátira.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

A. C. D.—Lérica.—Es lástima que la poesía esté deslucida por algunos defectos difíciles de corregir, pues en conjunto revela verdadera inspiración y sincero sentimiento de la naturaleza.

S. P.—Madrid.—Nada tengo que decir respecto á la forma de A una ilusión, pero nadie hace ya caso del subjetivismo del prójimo. Por lo cual dudo que despertara interés en la generalidad.

M. D. R.—Buenos Aires.—Si bien no me asusta la disciplina contra los canones de la Poética, con todo no llevo hasta admitir versos de trece sílabas mezclados con endecasílabos, A. G.—Barcelona.—Pues no debe tener usted extrañeza ninguna; los trabajos aparecen cuando es posible, y no cuando uno quisiera.

M. R. C.—Hibao.—Se publicará.
E. P. de N.—Siento tener que decirle que si no acertó de decidirse por los versos de trece sílabas, me resisto todavía más á los de 15 y 19, cada uno de los cuales viene á resultar como un pequeño discurso.

P. Kora.—Málaga.—Bueno; usted será vecino ó residente, pero lo que es malagueño puro, castizo, imposible. Escriba usted con bicarbonato de sosa.

J. B.—Valencia.—Rationem habes in canticis tuis, sed ego non promitto tibi scribere post cornuolentiam, enim non est salis istum spatium ad tractanda graecissima negotia quorum loquere debemus. Vale.

T. R. F. M.—Madrid.—El cuento es un modelo de moralidad, pero la forma no se halla á igual altura.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

EDITA EL DISEÑADOR TOPOGRÁFICO EDITORIAL «LA IBERICA», PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA.

EJERCITO BRITANICO INSULAR



HIGHLANDER ESCOCÉS